

enlazarla á un cable del barco, se apareció mi perro arañando los costados de nuestra nueva embarcacion, á la que le ayudé á subir; un instante despues se rompió la amarra, y comenzó á marchar la lancha; llamé á mi segundo y al otro marinero, que por dicha habian encontrado una pala que servia para atizar el fuego, y que nos hizo oficios de timon. Con nuestro auxilio montaron la lancha, desde la cual perdimos á poco de vista nuestro desgraciado barco.

A lo que creia debian ser las cuatro de la mañana, por lo que juzgaba no podia tardar en aparecer el dia, es decir, que habian transcurrido dos horas desde el momento en que nos vimos en el duro trance de abandonar nuestra barca. Lo que estorbó se fuera á pique con mas rapidez, fué sin duda alguna la clase de cargamento que conducia, compuesto de ciento cincuenta barricas de galleta, otros tantos barriles de harina y pellejos de manteca, todo bien acondicionado, ocasionando este motivo y su calidad el que sobrenadasen, pues les penetraba el agua lentamente. Asi que estuvimos en deriva nos esforzamos por mantener la lancha contra viento, y cuando fué de dia descubrimos una porcion de efectos que flotaban alrededor del punto de nuestro naufragio: un movimiento inesplicable de alegría esperiménté al reconocer entre ellos mi maleta, pues contenia ademas de la ropa de mi uso, una porcion de botellas de agua de azar, algunas libras de chocolate, azúcar, etc. Colgados del borde de la lancha conseguimos apoderarnos del cofre é intentamos descerrajarle en el agua, porque pesaba demasiado para introducirle dentro; mas nuestros esfuerzos fueron en valde; nos vimos en la sensible necesidad de tener que abandonarlo á merced de las olas con todas las excelentes provisiones que contenia, y por colmo de desgracia se habia vuelto á llenar de agua la lancha en esta operacion despues de haber estado á punto de ir en pique.

Tuvimos la fortuna de recoger trece cebollas de las muchas que fluctuaban en la superficie, y esto solo y mi perro,



sin una gota de agua dulce ni de licor alguno, eran las únicas provisiones con que debíamos subsistir, estando segun mi estimación á mas de cincuenta leguas de tierra, y no teniendo para conducirnos palos, velas, remos ni ningun otro utensilio mas de un cuchillo, una blusa de que habíamos ya gastado un pedazo en atascar la brecha que tenia la lancha, y unos pantalones, prenda del marinero que no sabia nadar. Desde este momento hicimos tiras el resto de la blusa y las trenzamos para fabricar una cuerda; en seguida, á fuerza de paciencia desgastando las cabezas de los clavos conseguimos arrancar algunas tablas de las que guarnecian el interior de la lancha, y con ellas establecimos una especie de palo que sujetamos á la proa: de otro fragmento de tabla hicimos una verga, á la cual enlazamos las dos piernas del pantalon que operaban como velas y nos ayudaban á sostener la embarcacion contra viento, sirviéndonos de nuestro improvisado timon.

Como los pedazos de tabla que arrancamos del interior de la lancha eran demasiado reducidos en sus dimensiones para colocarlos como parapetos en la cinta, y estorbar que penetrase el agua cuando se agitaba el mar, tuvimos necesidad de acostarnos sobre el borde de espaldas al agua, para recibir la ola é impedir que anegase nuestra embarcacion, en tanto que un marinero desaguaba con el sombrero holandés. Además hacia agua por el fondo, pues todos nuestros esfuerzos no bastaban á ajustar exactamente la brecha de la lancha. La noche siguiente á la del naufragio nos asaltó sin acabar de establecer nuestra especie de vela; el segundo dia se pasó mas tranquilo y comimos cada uno una cebolla, pues comenzaba á atormentarnos la sed; en la noche siguiente sopló viento recio y variable; algunas veces venia del Norte, lo que me causaba gran inquietud, pues solo podíamos esperar nuestra salvacion caminando hácia el Este ó al Oeste.

El tercer dia sufrimos mucho, no solo á causa del hambre y la sed, sino tambien por efecto del sol que nos abrasó de



pies á cabeza. Aquel dia cogí mi perro y le hundí el cuchillo en la garganta, hecho que al recordarlo, ha arrasado de lágrimas mis ojos mas de una vez; pero en aquel momento no experimenté sentimiento alguno de compasion; recogimos su sangre en el sombrero y bebimos de ella, con lo cual nos sentimos un poco refrigerados. El cuarto dia se mantuvo el mar agitado, nos fué menester hacer planchas de nuestros cuerpos y terminó con un destello de esperanza que se dispó rápidamente. Descubrimos un sloop, pero no oyeron nuestros clamores; traia direccion del Norte y nosotros caminábamos hácia Oeste. La pérdida de esta ocasion desanimó de tal modo á mis dos marineros que rehusaron trabajar por salvar su vida; las súplicas y los ruegos eran en valde; nada les conmovia para continuar trabajando en desaguar la lancha. Ultimamente, mi segundo y yo, les persuadimos amenazándoles con darles muerte con la barra que hacia de timon, y matarnos nosotros en seguida. Esta amenaza les impresionó, cobraron un poco de ánimo y continuaron como antes en su operacion.

Este dia di á los demas ejemplo comiendo algunos bocados de carne de mi perro y un poco de cebolla, lo que me costó harto trabajo y repugnancia; sin embargo, una hora despues sentí que me habia dado algun vigor; mi segundo y dos marineros comieron tambien; otro no quiso ó no le fué dable decirse á probar de aquel alimento.

El quinto dia apareció en calma y con mar sosegada. Al despuntar el dia divisamos un tiburón del tamaño de nuestra lancha, que no nos perdió de vista durante muchas horas, sin duda nos creia pasto destinado á sus enormes mandíbulas; tambien encontramos dentro de nuestra embarcacion un pez que sin duda se habia introducido en ella durante la noche; le dividimos en trozos y le masticamos por humedécernos la boca. Williams, mi segundo, tuvo este dia la generosidad de escitarnos á abrirle una vena para refrigerarnos con su sangre. Durante la noche tuvimos algunas ráfagas de lluvia acompa-



ñadas de viento; intentamos recoger algun poco de aquella agua en el pantalon de nuestro marinero, pero al probarle esprimiéndole la hallamos tan salada como la del mar. Tantas veces se habia empapado en ella que estaba percutido de sal; no nos quedó otro recurso que abrir la boca al cielo para recibir en ella las gotas de lluvia.

Al sexto dia, á pesar de mis reflexiones, resolvieron dos marineros beber agua del mar, lo que les ocasionó fuertes vómitos y una especie de delirio que los inutilizó para la maniobra. Mi segundo y yo teniamos un clavo en la boca, y de cuando en cuando nos rociábamos la cabeza. Intentamos muchas veces comer del perro con un poco de cebolla, pero cuando conseguia tomar tres ó cuatro bocados me consideraba dichoso. Williams siempre comia algo mas que yo.

El sétimo dia amaneció bellissimo, con brisa moderada y la mar en leche. Hacia el medio dia los dos marineros que se habian empeñado en beber agua del mar comenzaron á delirar, y en su enagenacion ignoraban los infelices si estaban en mar ó tierra; nosotros mismos estábamos tan débiles que apenas podiamos mantenernos en pie ni atender á arrojar alternadamente alguna de la mucha agua que la lancha hacia por el fondo.

En la mañana del octavo dia sucumbió uno de los marineros, y tres horas despues otro. Este dia al declinar el sol tuvimos la dicha de divisar algunos picos de tierra de la punta oriental de la isla de Tabago; la esperanza nos infundió aliento; al hacer rumbo hacia aquel parage nos encontramos auxiliados por una fuerte corriente y una brisa favorable. Esta noche la pasamos en la mas estraña situacion; con tierra á la vista y al lado nuestro dos camaradas muertos; por fortuna al rayar el dia, distábamos solo cinco ó seis leguas de tierra segun mi estima, y debia ser el último de nuestros padecimientos en el mar. Aunque apenas nos sostenian las piernas trabajamos todo el dia por acercarnos á la ribera; al caer la noche



cesó el viento y quedamos en calma, pero á cosa de las dos de la mañana nos impulsó la corriente orilla de la isla de Tabago, una de las Antillas, al pie de un crecido acantilado entre la pequeña Tabago y la bahía de Mon-Ofwar, que es la parte oriental de la isla. La lancha se abrió por efecto del choque, y mi camarada y yo nos arrastramos por tierra dejando en la embarcacion los restos de nuestros dos desgraciados marineros y los despojos del perro, ya en grado estremo de putrefaccion.

Sin poder sostenernos, deslizandó nuestro cuerpo en contacto con la superficie del suelo y apoyados en pies y manos, encastramos los enormes peñascos que colgaban casi á pieto sobre el mar, de tres ó cuatrocientos pies de elevacion. La multitud de árboles que coronaban aquellas crestas habia esparcido considerable porcion de hojas alrededor del punto á que conseguimos avanzar; nosotros reunimos algunos puñados, y acostados sobre ellas determinamos esperar el día. Cuando llegó este momento suspirado buscamos agua, y aunque la hallamos á nuestra inmediacion entre la concavidad de las piedras, era salada y nociva de beber; recogimos algunos mariscos que nos sirvieron para humedecer la boca despues de abrirlos con una piedra.

Serian las ocho ó las nueve cuando divisamos un jóven ca-raiba que se dirigia á la lancha haciendo pie unas veces, y otras á nado, y que asi que la examinó comenzó á dar voces á sus camaradas con ademanes de estrema compasion. Al tiempo mismo que acudian á aquel sitio, nos descubrieron y corrieron á nuestro lado, el de edad mas respetable que podia contar unos sesenta años, y dos mas jóvenes que supimos despues le interesaban como hijo y yerno, fueron los primeros que se acercaron con los ojos preñados de lágrimas. Articulando algunos sonidos, y mas que todo por medio de señas, traté de hacerles comprender que habiamos pasado nueve dias en el mar careciendo de todo; tambien comprendieron algunas palabras de



francés, y me hicieron entender por señas que iban á buscar una canoa para trasladarnos á su cabaña. El anciano deslió de su cabeza un pañuelo y lo ató á la mia, y uno de los mas jóvenes puso á Williams su sombrero de paja, en tanto que el otro dió vuelta nadando á uno de los peñascos y nos trajo agua fresca, algunos panes de cazave y un trozo de pez asado; pero de todo ello no pudimos probar bocado. Otros dos de ellos estrajeron los cadáveres de los dos camaradas despues de arrastrar á tierra la lancha, y los depositaron sobre una roca; en seguida para trasladar su canoa, nos abandonaron, dando las mas espresivas muestras de compasion.

Despues de medio dia, volvieron hasta seis de ellos trayendo consigo en una vasija de barro, una sopa que nos pareció excelente; sin embargo, mi estómago no la resistió; el de Williams no la rechazó: en menos de dos horas nos trasladaron á la bahía de Mon-Ofwar, donde tenian establecidas sus chozas; en la misma hamaca que poseian me instalaron despues de hacerme beber un cocimiento de yerbas muy grato, y un caldo de tortuga y pichon. Bañaron mis heridas, que estaban agusanadas, con agua de tabaco y otras yerbas, y todas las mañanas me sacaban de la hamaca, y sostenido en sus brazos, me paseaban é instalaban bajo de un limonero, defendiéndome del sol con un cobertizo hecho de hojas de banano. Aquellas compasivas gentes desde el primer momento que nos vieron, tuvieron hasta la generosidad de proveernos de camisa y pantalon, prendas que poseian como curiosidad adquiridas de los barcos que de cuando en cuando acudian á comprar conchas de tortugas.

Despues de limpiar de gusanos mis llagas, me untaban las piernas con una especie de grasa que estraen de un animalejo que se cria en sus bosques, con lo cual despues de resguardarlas del aire con hojas de banano, se curaron las innumerables grietas y vejigas de que estaba plagado. Gracias á tan excelente cuidado, estuve al cabo de tres semanas en disposicion de tenerme en pie, aunque con auxilio de muletas, como un con-





El anciano quitó el pañuelo de su cabeza y lo lió á la mia.



[Faint, illegible text block]





valeciente que sale de una gran enfermedad, los insulares acudían á visitarnos de todas partes de la isla, y siempre con dádivas y obsequios que prodigaban con franca voluntad y que aceptábamos nosotros con agradecimiento. Hasta de la isla de la Trinidad, posesion española al Sur y á la vista de Tabago, vinieron gentes á visitarnos; en algunos pedazos de tabla grabé con un cuchillo mi nombre, entregándoselas á los caraibas para que las mostrasen á los buques que la casualidad encaminase á sus costas.

Casi desesperábamos de que arribara buque alguno, cuando tocó en el arenoso cabo del Oeste de la isla un sloop procedente de Orinoco cargado de mulas para San Pedro de la Martinica. Los indios les mostraron una de mis improvisadas tarjetas, refiriéndoles de paso nuestra situacion. Los que montaban este buque hablaron de nuestra aventura en San Pedro, y como entre ellos habia comisionistas que me conocian personalmente y que estaban en relaciones mercantiles con mis principales los armadores Rosco y Nylas, procuraron informarles de nuestra desgracia, lo que dió margen á que espidieran con premura en nuestra busca una goleta al mando del capitán Young. Al cabo de nueve semanas de estancia entre aquellas gentes caritativas y generosas, aunque incultas, abandoné sus hogares; abandono que me causó tanta pena y agradecimiento como sorpresa y alegría sentí al divisarlas por primera vez.

Al embarcarnos, nos suministraron provision abundante de bananas, higos, pájaros, pescados, frutos, y sobre todo, gran porcion de naranjas y limones; tambien me regalaron un arco con su correspondiente dotacion de flechas, en cuyo uso me habian ejercitado, llevándome á cazar langostas de tierra muy numerosas en la isla y todas las islas desiertas de la zona tórrida. Nada era bastante a compensar la generosidad con que me habian tratado; tampoco poseia nada mas que mi mal parada lancha que habian remontado á su modo, y de la cual se servian para inspeccionar sus nidos de tortuga; como



era mas ancha que sus canoas, les era mas útil y cómoda; por lo tanto hice que se quedaran con ella. El capitán Young, mi amigo y camarada, se puso de acuerdo conmigo para ayudarme á mostrar agradecimiento á mis bienhechores; me dió todo el rom que traía entre las provisiones, que por desgracia no eran mas que siete ú ocho botellas, y por su parte les dejó muchas camisas, pantalones de marinero, cuchillos, anzuelos, lienzo de velas para la lancha, clavos, cuerdas y otros utensilios de menor cuantía.

Por fin, llegó el momento de separarnos, momento en que acudieron á la orilla hasta unos treinta individuos entre hombres, mugeres y niños, todos penetrados del mas profundo sentimiento, y mas que todos el que me sirvió de padre, el que habia quitado de su cabeza el pañuelo para liarlo en la mia. Cuando el barco soltó las amarras, preñáronse de lágrimas nuestros ojos siempre clavados en aquellos humanos isleños, que por su parte sin separarse de la orilla, insistieron en pie hasta que nos perdieron de vista.

En tres dias arribamos á Barbada, donde recibimos de la isla entera testimonios palpables de cuanto les interesaba nuestra desgracia. Su generosidad y cariño no conoció límites.

## XV.

### ISLAS PELEW.—NAUFRAGIO DEL CAPITAN WILSON.

El Antilope, paquebot de la compañía de las Indias Orientales, mandado por el capitán Enrique Wilson, llegó á Macao en junio de 1783, é inmediatamente el capitán recibió orden del sobrecargo de la compañía de preparar su barco para darse



á la vela cuanto antes fuese posible. En su consecuencia levó anclas el 21 de julio siguiente con una tripulacion compuesta de veinte y tres europeos, de un intérprete nacido en Bengala, llamado Tomás Rose, y de diez y seis chinos; en total cuarenta hombres.

El 9 de agosto, despues de media noche, se entoldó el cielo á tiempo que corria viento fresco; á poco comenzó á llover y á declararse la tempestad. El primer ayudante que estaba de cuarto se contentó con rizar velas, pensando que no fuese necesario informar al capitan y alarmar á toda la tripulacion; aquel oficial creyó que la tempestad se disiparia rápidamente, quedando reducida á una simple borrasca; pero en tanto que los marineros se ocupaban de la maniobra, gritó el que estaba de vigía: ¡rompientes! ¡rompientes! Casi habia llegado este aviso á oidos del gefe, cuando chocó reciamente el barco, poniendo en consternacion á todos. El capitan y la tripulacion corrieron á informarse qué causaba la sacudida que habia experimentado y la confusion que reinaba en el puente. Una ojeada bastó para ponerles al cabo de su deplorable situacion.

El barco se inundó repentinamente de agua hasta las escotillas del primer puente, y en tal conflicto la tripulacion acababa al capitan pidiendo órdenes. Sin pérdida de momento dispuso que unos trasladaran al puente las municiones, armas y provisiones á que perjudicara el agua, en tanto que otros abatian el palo de mesana, el palo mayor, las vergas y cuanto podia aligerar el barco, á fin de que no fuera á pique.

Dispusiéronse convenientemente las lanchas, proveyéndolas de armas, provisiones y de una brújula en cada una; dos hombres debian mantenerse constantemente en ellas, á fin de cuidar que no se averiasen chocando contra el barco; estos hombres estaban encargados de acoger la tripulacion en el caso de que el viento y el mar, que cada vez arreciaban mas, acabasen de inutilizar el buque. Todo se ejecutó con orden y exactitud,



retirándose en seguida la gente hácia la parte de popa, que era lo que del barco estaba mas elevado del agua y resguardado por los parapetos de su castillo de la lluvia y del embate de las olas.

El cansancio, unido á la desesperacion, acrecia el desaliento de aquellas pobres gentes; pero el capitán, que era hombre prudente y firme, les infundió valor, mostrándoles las esperanzas que racionalmente podian tomar, al paso que les hizo sentir la importancia de conservar subordinacion y buen acuerdo en las maniobras que reclamara su situacion. Les exigió palabra de no beber licor espirituoso alguno, con objeto de que no atrajese la embriaguez confusion ni desórden: este punto era esencial. Dispuso en seguida que se distribuyese algun refresco, que consistió en un vaso de vino y racion de galleta; todavía se distribuyó otro segundo vaso de vino, y de este modo aguardaron con grande ansiedad la aparicion del dia por ver si descubrian tierra.

Aquellos momentos de obligada quietud é inaccion, sirvieron para animarse mutuamente, en tanto que la aurora mostró á sus ojos hácia el Sur una isleta distante tres ó cuatro leguas, y cuando aclaró mas, otras hácia el Este. Sin embargo, su imaginacion se alarmó de nuevo al pensar si estarian habitadas por pueblos salvages que les pusieran en tanto riesgo como el naufragio mismo. A pesar de todo, embarcáronse algunos en las lanchas y partieron á reconocer las islas, bajo la direccion de Mr. Bengier, el oficial que estaba de servicio en el puente al chocar el buque. En tanto que regresaban, desarbolaron el barco para construir una balsa, pues de un momento á otro esperaban que se hundiera, y por las lanchas temian mucho, tanto á causa de los insulares, como por la mar, que estaba muy agitada; pero á cosa de medio dia, con inesplicable contento divisaron las lanchas, que de regreso traian buenas noticias. La isla estaba desierta; en ella habian dejado cinco hombres y las provisiones; estaba surtida de agua potable, y



poseia un fondeadero abrigado. Con esta noticias, redoblóse la actividad para acabar la balsa, muy adelantada al regreso de las lanchas; y despues de verificado, se distribuyó otro refresco de pan y vino. Todos habian sostenido su promesa de no probar licor. En seguida emprendieron á cargar la balsa con todos los víveres y municiones compatibles con la seguridad de los que debian montarla. Tambien se surtió de víveres y municiones la pinaza y el bote. Las armas en aquella ocasion, constituian tal vez el primer elemento de vida.

En esta disposicion, y tocando á su fin el dia, abandonaron los desgraciados náufragos el Antilope. Los hombres mas vigorosos de la tripulacion se encargaron de remolcar la balsa con la pinaza. La lancha remolcó el bote hasta salvar el arrecife. De este modo arribaron sobre las ocho de la noche al sitio en que quedaron sus camaradas, los cuales en vez de permanecer ociosos, emplearon el tiempo en desembrozar el suelo, y establecer con una vela una especie de tienda en que poder recibir á sus compañeros de infortunio.

Los que marchaban en la lancha y la balsa, lo pasaron muy trabajosamente hasta salvar el banco de arena, pues los golpes de mar eran demasiado recios, separaban muchas veces á gran distancia una de otra, y se vieron en la necesidad de amarrarse y asirse con todas sus fuerzas para no ser arrebatados de las olas. Los lamentos de los chinos, poco avezados á los peligros del mar, hacian lastimera esta escena. La balsa no fué posible aproximarla á la orilla, por lo que hubo necesidad de trasbordar á la lancha los efectos y la gente, y dejarla asegurada despues con un rezon.

Cuando se vieron reunidos todos en tierra, experimentaron una impresion de alegría dificil de explicar: se apretaban con efusion las manos, y cada uno sentia en su alma uno de esos movimientos sublimes que resiste á describir el lenguaje mas tierno y mas enérgico. Distribuyéronse una racion de queso, pan y agua; descargando una pistola sobre una mecha, se pro-

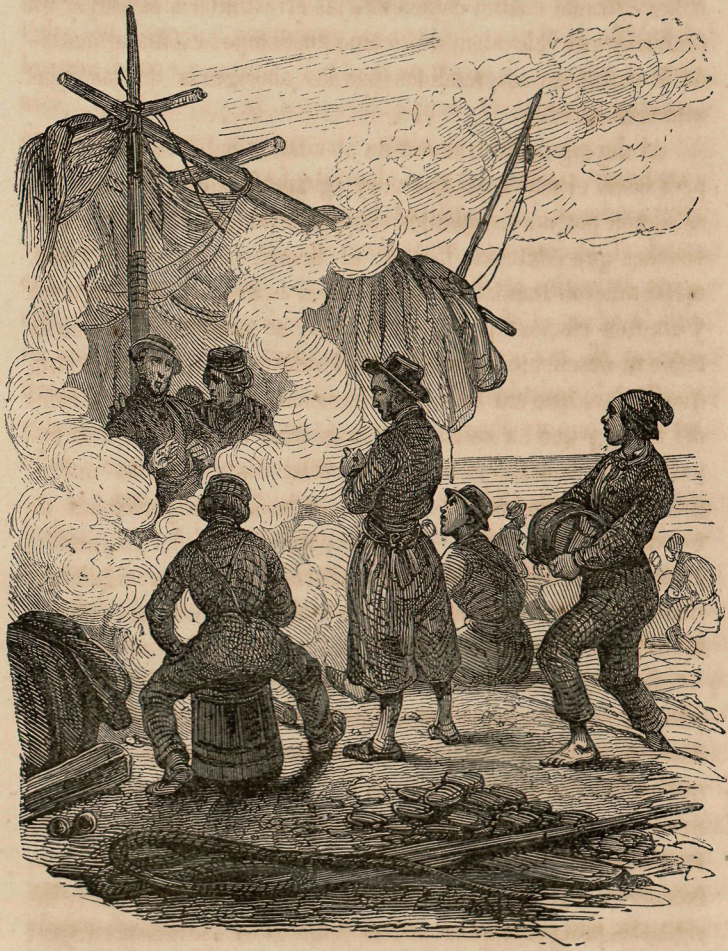


curaron fuego, á cuyo calor secaron sus vestidos; acostándose á descansar alternadamente á su derredor y al abrigo de su improvisada tienda de campaña. La noche estaba borrascosa, y por temor de que las embarcaciones padeciesen avería antes de haber estraído cuanto contenian, las arrastraron á la playa; un centinela que relevaban de tiempo en tiempo, estaba al cuidado de evitar ser sorprendidos por los aborígenas de las islas inmediatas.

Al día siguiente trataron de abordar la balsa con la lancha, pero como el mar estuviese muy agitado, costó gran trabajo, y se dieron por muy contentos con poder recoger el resto de provisiones que contenia. Cuando el tiempo calmó algun tanto, emprendieron una espedicion hasta el barco para recoger arroz y algunos efectos; pero á su regreso, se apoderó del ánimo de todos el desaliento, al escuchar el informe del contraestre, que declaró que era imposible resistiese el barco los embates del mar, y que en su consecuencia debía renunciarse á la esperanza de ponerle de nuevo á la vela. Esta infausta nueva, que alejaba toda idea de regreso, turbó las imaginaciones de todos, que así se veian separados para siempre del universo, ó entregados á merced de pueblos bárbaros. Al día siguiente, como el temporal no permitiese salir al mar, se ocuparon en establecer tiendas que les pusieran al abrigo de la imtemperie.

Durante la mañana se divisó una piragua que doblaba una punta de tierra para entrar en bahía; al pronto se alarmaron todos y buscaban aprestos de defensa, pero como viese el capitán que no venia mas que otra en su compañía, ordenó que permaneciese quieto todo el mundo hasta ver de penetrar las intenciones de los insulares. Hizo que le siguiera Tom Rose, que hablaba el malayo, y se encaminó al sitio de la ribera á que se dirigian las piraguas; mandó á Tom Rosse que les saludara en aquel idioma, pero aun cuando al parecer no le entendian, se detuvieron al escucharle, y á poco preguntaron á su vez si éramos amigos ó enemigos. Tom se apresuró á contestar que éramos





Hicieron un viaje al navio para tomar arroz y algunas otras provisiones.